

placer en escucharle, en alabar su doctrina y elocuencia, en aconsejarle la veneración, amistad y aprecio con que los hombres más grandes de este siglo le habían honrado á él mismo. San Panteno murió hacia el año 216.

10. Su mayor y más gloriosa conquista había sido la conversión de Clemente de Alejandría, que le sucedió en el cargo de director de la escuela cristiana. Tito Flavio Clemente, natural de Alejandría según unos, y de Atenas según otros, había sido educado en el paganismo. Un ardor insaciable de ciencia le hizo agotar en su laboriosa juventud el estudio de las letras humanas y de los principales sistemas de filosofía. Cansado de las dudas y contradicciones que á cada paso encontraba, se entregó al exámen de los cultos y doctrinas religiosas de Roma, Grecia y demás naciones del mundo: con este designio recorrió el Oriente, la Grecia é Italia, y vino en fin á terminar sus viajes y visitas literarias, vagas todas y superficiales, para ir en busca de la verdad en Egipto á los pies de Panteno, cuya persuasiva y sentimental elocuencia fijó finalmente todas sus irresoluciones y se adhirió para siempre á la religión cristiana. Fervoroso neófito desde luego, fué después un celoso sacerdote, un apóstol incansable. Después de la partida de san Panteno para las Indias, Clemente Alejandrino continuó la obra de aquel, y llenó su alto puesto con inmensa erudición, con un lenguaje lleno de unción y encanto, con una santidad de vida que prestaba á sus instrucciones la irresistible autoridad del buen ejemplo. No contento con enseñar á sus discípulos y oyentes de viva voz, escribió muchos tratados en gracia de los que no podían seguir sus cursos orales. « Los » antiguos sacerdotes, dice, no escribían, no queriendo distraerse del cuidado y deber de enseñar por el de escribir. » Quizás no creerían que un mismo talento pudiera tener » éxito igual en uno y otro género. Con todo, las obras es- » critas sirven para asegurar la doctrina, haciendo pasar á la » posteridad las primitivas tradiciones. » Y en efecto, los Padres no habían escrito hasta entonces sino según las necesidades urgentes de la polémica empeñada con el paganismo y

la herejía. La Iglesia, esencialmente dogmática, y sobre todo en su época primera, como hemos dicho anteriormente (1), no había hallado aun, en medio de las tempestades que la agitaban, el tiempo de desarrollar en doctas obras la sublime filosofía que enseñaba al mundo. Clemente Alejandrino dió el primer paso en ese nuevo camino que se abría al genio cristiano. En los tres libros del *Pedagogo* y en los ocho de los *Estrómatas*, las dos obras más importantes que nos quedan de él, se propone constantemente colocar la religión cristiana en la cima de la ciencia, probando la excelencia de sus dogmas y su armonía con la sana razón. El *Pedagogo*, compuesto para los catecúmenos, cuya infancia espiritual dirigía Clemente, es un compendio de toda la moral cristiana. Jesucristo, Verbo de Dios, sabiduría encarnada, se representa como maestro y como modelo: enseña la verdadera sabiduría; da á los corazones sencillos y puros la sólida grandeza, la felicidad duradera y el bien supremo; y termina esta obra de iniciación en la fe con un cuadro de las costumbres austeras, hábitos santos, y caridad inagotable de los cristianos. El autor completa su plan más tarde en su gran composición que intitula *Estrómatas* ó *Misceláneas*, « que deben abrazar, dice, la verdad católica » mezclada con la doctrina de la filosofía, ó más bien la presentarán cubierta y escondida como la nuez en su cáscara. » Estas palabras indican la posición de espíritu de Clemente Alejandrino al comenzar su obra, que llama en otra parte *la hija de su alma* (2). Por una parte, se hallaba encortado por la preocupación, muy válida en medio del cristianismo, de la inutilidad de los escritos puramente filosóficos sobre la religión, y por la ley del arcano que imponía la mayor reserva respecto de los misterios, dogmas y sacramentos. Por otra parte, se sentía invenciblemente impelido á empeñar una lucha con la filosofía pagana, que tendría por resultado el triunfo de la doctrina evangélica sobre todos los partos del humano in-

(1) Capítulo I, *Estado de la Iglesia en el primer siglo*.

(2) *Animæ liberi sunt scripta*. (*Strom.*, lib. II, § I, p. 316.)

genio; que debia de servir á la instruccion de los fieles, dándoles nociones sanas y de un órden superior acerca de la práctica de la perfeccion cristiana, preservándoles de la seduccion de los falsos místicos, que en esta época habia multiplicado el gnosticismo. Igualmente detenido por ambas consideraciones, trató de conciliarlas en su obra. Él nos confiesa « que ha sembrado los dogmas cristianos en su libro, de suerte que los que no estén iniciados en el conocimiento de estos misterios no puedan descubrir fácilmente nuestras santas tradiciones (1). » La oscuridad de los términos que emplea hablando de los sacramentos es transparente para los fieles, y solo puede presentar equívoco ó ambigüedad para los paganos, á quienes importaba sobremanera no revelar el secreto de la Iglesia. El desórden afectado de las materias no podia menos de concurrir á su designio. Él compara las *Estrómatas*, « no á esos hermosos jardines en donde el arte lo ha dispuesto todo con órden y elegancia, sino á un monte cubierto por la naturaleza de bosques y plantas de toda especie, creciendo á la vez y como sembradas al azar » (*Strom.*, lib. VII, § 18, p. 901). A pesar de estas reticencias se puede encontrar su plan, al menos respecto de las ideas fundamentales. Trata desde luego de la filosofía en general, y la presenta bajo sus diferentes relaciones. Habla en seguida de la fe, fundamento de la vida cristiana; de las virtudes que purifican y que adornan al alma, librándola de los movimientos desordenados de las pasiones. Combate al paso los errores de los Encratitas respecto de la continencia, matrimonio y martirio. Llega entonces á la pintura del verdadero sabio, del filósofo, del *gnóstico* por excelencia, esto es, de un fiel elevado por la práctica de las virtudes hasta la contemplacion de Dios y su hermosura absoluta, viviendo desde entonces de una vida casi sobrehumana, haciendo descender á la tierra las perfecciones de la naturaleza angélica. Arribar á este grado eminente de la santidad

(1) Ut à quolibet eorum qui mysteriis non sunt initiati, non facile inveniri possint sanctæ traditiones. (*Strom.*, lib. IV, § 1, p. 565.)

cristiana, dominar de tan alto punto todas las miserias, imperfecciones y flaquezas de la humanidad caída, ¿no es el fin supremo que indica la religion á todos sus hijos? No es acaso en este camino donde los hace adelantar, cada uno segun su vocacion y su correspondencia á las gracias que le sean dadas por el Espíritu Santo? Y ese es tambien el término que se habia propuesto en su obra Clemente de Alejandria.

Tenemos además del mismo autor una *Exhortacion á los Gentiles*, en la cual hace resaltar magníficamente la pureza y excelencia de la religion cristiana, comparándola á los cultos idólatras, cuyos infames misterios descubre sin miramiento alguno; — un corto tratado que tiene por título y por objeto: *¿Qué rico puede salvarse?* Habia compuesto además ocho libros de *Hypotyposes ó Instrucciones*, gran comentario sobre toda la Escritura sagrada, de que hacen el mayor elogio Eusebio y san Jerónimo: por desgracia solo nos quedan algunos fragmentos incompletos; — un tratado de controversia sobre la celebracion de la Pascua, en el cual combate la costumbre de los Asiáticos; — y en fin, otras muchas obras polémicas contra los Montanistas y Encratitas.

11. Mientras Clemente escribia sus *Estrómatas* en Alejandria, acababa su pontificado el papa san Víctor I, en el año 200. El *Libro pontifical* y el Martirologio romano le dan el título de mártir, sin decirnos las particularidades de su muerte. Eusebio nos dice que este santo papa compuso muchos escritos, perdidos ahora; y san Jerónimo le coloca entre los Padres de la Iglesia latina. A mas de su decreto relativo á la celebracion de la Pascua, por otro declaró que el agua común de fuente, estanque, rio ó mar, podria servir, en caso de necesidad, para la administracion del bautismo: lo que supone que desde entonces era regla servirse de agua bendita para conferir este sacramento. San Zeferino, romano, le fué dado por sucesor.